LATIN Y FORMACION

Repetidas veces se ha debatido en nuestra Patria el tema del estudio del latín. Otras naciones europeas, las que van a la cabeza de la vida cultural y política —Alemania, Inglaterra, Francia, Italia...— tienen resuelto ese problema, desde hace muchos lustros, en forma positiva y definitiva. Y, aunque parezca y sea paradójico, son los dos países mencionados en primer lugar —pueblos no latinos— los que mayor importancia han concedido a la formación clásica en su bachillerato. El tema sugiere algunas consideraciones.

Enseñanza

Al hablar de la enseñanza o instrucción los pensamientos se dividen o se matizan más o menos fuertemente bajo la idea de «noticia» —erudición— y «desarrollo armónico» de las facultades humanas —formación—.

La enseñanza abarca ambos aspectos. Y hasta estas dos realidades se incluyen mutuamente como ayuda y complemento.

Erudición y formación tienen puntos de contacto. Pero no tienen más. En sí son perfectamente diferentes.

La diferencia salta a la vista.

«Formación» se enraiza en la entraña viva de nuestra constitución, mientras que «erudición» es quedarse en revestimiento de nuestra personalidad. «Formar» es modelar la masa viva [1]; «erudicionar» —permítase la palabra— es adornar lo formado. «Forma-

---

[1] Mejor que «formar» habría que decir «Formarse». Aquí hablamos sin embargo desde el punto de vista del formador.

Universidad Pontificia de Salamanca

ción» tiene valor sustantivo, de vida, de ser: es nuestro ser, nuestro «yo» en devenir hacia su perfección, formación estática, determinación y firmeza.—«Erudición» es adjetivo, color, accidente, intrascendentalidad en las coordenadas breves del tiempo y del espacio, vuelo ligero y gracioso de gráfica en las páginas de un libro.

Y entre erudición y formación todavía podemos clavar el concepto de especialización, afín de erudición en cuanto señala caudal de conocimientos superpuestos —noticias—, roce de formación bajo su signo de resolución y sentido de vida y desarrollo de determinada potencia de una facultad

La enseñanza del latín puede, pues, justificarse por uno de estos tres motivos, y desde los tres enfocaremos este trabajo: como contribución a nuestra erudición —a nuestro buen modo—, como sentido de profesionalismo —especialización—, como aportación a nuestro perfeccionamiento total —formación—.

Erudición

El valor erudicional del latín, desde sí en si, es lo suficientemente claro para poder admitirlo sin dificultades mayores.

El latín —lengua y literatura— es una cosa, igual, bajo este epígrafe, que tantas otras, que todas las demás que nos rodean.

Y tener —en categoría y metafisica—es mejor que «no tener».

Pero también el «saber» el latín, el «tener» en concreto el latín, la realidad de la categoría y de la metafísica, es mejor que «no saber», que «no tener».

Se ha dicho que «el saber no ocupa lugar». Y el latín erudición pertenece al «saber».

En este sentido erudicional se vierten a veces los clásicos al hablarnos de «humanismo», «humanista».

Contrahecho de la erudición se presenta la pedantería, parásito del latín como de cualquiera otra cosa.

Deformación sujetiva de un valor objetivo.

Y entonces el saber latín es malo, no por el latín sino por el abuso del sujeto.

Universidad Pontificia de Salamanca

Pero no hemos de hacer todo lo que es bueno.

Es decir:

La erudicion ¿justifica de por sí la imposición de la enseñanza y aprendizaje del latín?

La respuesta es negativa.

La erudición no, puede exigir tal cosa desde la posición modesta de cultura general.

Sólo una exquisitez de educación cultural se compondría con el exceso de aprender la lengua del Lacio; necesidad en este caso concéntrica y superpuesta a la libre necesidad de una cultura de lujo, en sí en modo alguno censurable.

Especialización

Tiene algo de erudición y algo de formación. Pero se distingue perfectamente de ambas.

Es una posición de vida, con lo que posición entraña de determinación, concretismo y fijeza. Una profesión.

Lógicamente es posterior a la formación, supone la formación. La información invade el hombre en estructuración sustancial; mientras que la especialización fija al hombre extrínsecamente, accidentalmente, a un modo de vida, a un medio donde desarrollar sus actividades.

La erudición coincide con la especialización en ser accidental al sujeto; pero es además acompañamiento de la misma especialización.

En este campo el latín se relativiza.

El conocimiento del latín como lengua y literatura se condicionará por nuestra actividad, por las coordenadas que definan nuestra existencia y nuestra actuación, nuestro hombre.

Su valor se substanciará en conformidad con nuestra postura ante la vida, a la par que el conocimiento de la física o de la veterinaria.

Su necesidad se biparte bajo la elección libre de la voluntad humana para el campo de sus actividades. Es una cosa más en relación potencial al sujeto, al hombre; una relación potencial además libre en el sentido radical y directo de la libertad del hombre —ha-

Universidad Pontificia de Salamanca

cer o no hacer, hacer bien o hacer mal —y también bajo el signo de lo concreto y relación indirecta.

Porque el aprendizaje del latín —el latín gramática, el latín sonido, como cualquier otra lengua— nunca es especialización; es un medio de especialización. La especialización sobre el latín viene en un acto posterior.

Hay desde luego especializaciones que sin mayor peligro pueden prescindir de la enseñanza del latín. Ni las artes plásticas, ni las matemáticas y ciencias físicas sufrirían mucho si sus cultivadores ignorasen totalmente el latín.

Pero hay otraś que reclaman subsidiariamente —pero necesariamente— sus estudios previos, sea de un modo principal sea secundariamente.

Un laboreo a fondo en filologías romances —y aún en literaturas y conocimiento a fondo de las mismas lenguas— nos llevará necesariamente al latín.

Soslayemos el aprehendimiento de la cultura antigua —su espíritu creador y vivificante, no los módulos fríos que han llegado hasta nosotros— y subrayemos la necesidad directa y absoluta frente al fenómeno del lenguaje como término parcial de esa misma cultura.

Frente a la filología clásica huelga toda observación.

Algo solamente sobre la literatura.

Hablamos de un conocimiento profundo, de un «gusto» de los clásicos latinos, no de un estetismo pedante y retórico. Bajo esta determinación nos constriñe la sinceridad a la búsqueda de las fuentes, de los originales.

Aunque no lo hubiera dicho nuestro Cervantes, la refleyión breve de una experiencia nos mostrará las traducciones al revés.

La concisión ásperamente adusta, como la seriedad de un antiguo romano, de Salustio, se desvigoriza en líneas sin formas, el elegante y completo período ciceroniano pierde la serena claridad de su curva; en Horacio se descompone la trasparencia de su pliegue justo y el frescor de su aticismo; se diluye en la opacidad de los vocablos en el temblor virgiliano —tan humano y tan vital— ante la armonía dolorida y expectante de la naturaleza.

En las traducciones se transponen los vocablos, huecos sonidos

Universidad Pontificia de Salamanca

de voces. El espíritu es intrasportable: se agarra tercamente al matíz, a la sintaxis, a la construcción, «armónicos del lenguaje» como acertadamente los ha denominado Butt.

Y bajo esta especialización de la literatura, especialización *sui generis* — compatible de derecho y de hecho con otras *más serias formales*—, de largos horizontes, del crítico al poeta, la enseñanza del latín se justifica y se impone para amplios círculos de la sociedad.

Resumiendo. Desde el punto de vista de la especulación el latín se relativiza. Descendemos al bachillerato dividido, dirigido, de especialización, bachillerato de ciencias y bachillerato de letras.

Formación

Con un doble reflejo se nos presenta este problema de la formación: de interioridad y de exterioridad, que en fórmula única recogemos en «proceso de asimilación».

Desde aquí hemos de valorar la acción de todo elemento que pretende injertarse en la formación, atravesarse en su elaboración.

Recalcamos que hablamos de una formación integral, de todo el hombre; un desarrollo armónico de todas sus facultades.

En la interioridad encontramos cuanto la formación tiene de sustancia, de ser, de vida, de igualdad, de identidad al propio ser personal.

Es lo más esencial. Se escolia sencillamente desde la misma noción de formación.

En la exterioridad —en su amplitud también absolutamente necesaria— se distinguen un elemento formal, plástico, y otro eficiente, motor-regulador; los medios de formación y el formador.

El latín se computa, naturalmente, entre los medios.

Hablamos de la formación integral.

Se precisan sin embargo algunas acotaciones.

Porque el hombre concreto, el hombre persona, se ambienta en sí mismo —sobre su unidad cerrada o sobre su unidad relacionada hacia afuera—, en la sociedad concreta —la patria— y en el sobrenaturalismo —su destino eterno dentro de la religión verdadera—.

Son tres órbitas diversas, pero no opuestas, aunque en cada una

Universidad Pontificia de Salamanca

de esas órbitas independientes —hasta cierto punto— encontremos al hombre todo, íntegramente.

Al hablar de la formación del hombre por el estudio del latín —humanidades— no pretendemos acotar la necesidad de los demás influjos ni el par de la formación en las letras patrias, ni mucho menos el teleológico de nuestra elevación al fin sobrenatural.

Con visión desorbitada se ha atacado la enseñanza del latín —del clasicismo— desde el cristianismo y desde la patria, o por supuesta oposición —el caso de Gaume en el siglo pasado— o por pretendida superación, como parecen opinar algunos en nuestros días.

Para el primer ataque se erige el principio de que la gracia no destruye la naturaleza, o como ha escrito Paniker recientemente: para ser buen cristiano, «hay que ser hombre de verdad»: sin subordinar por ésto en modo alguno la gracia a la naturaleza. El orden sobrenatural supone —en la simple línea estática— el orden de la naturaleza. El cristianismo eleva nuestro ser, es la perfección teleológica que abraza al hombre y lo arrastra a ese maravilloso complemento de su naturaleza, enteramente gratuíto, a esa divinización en la visión intuitiva de Dios.

Al segundo punto —supuesta la no oposición— en todo lo que sigue.

Perfeccionar al hombre en concreto —formar al hombre— consiste en perfeccionar sus partes integrantes, su entendimiento y su voluntad en la doble vertiente de sensibilidad y caracter. El perfeccionamiento somático se reduce y sólo tiene importancia en connotación, en subordinación al desarrollo de las otras potencias. Es una conquista del cristianismo sobre la mentalidad pagana gravada de materia sobre su concepción homocentrista.

En este perfeccionamiento de las facultades humanas se aprovecha el latín desde el esqueleto gramatical hasta la vida y el espíritu que lo alegran y animan. Y se aprovecha no sólo como valor positivo —algo bueno en sí—, sino como perfección no superada —perfección relativa a otros medios de formación.

El valor formativo de la gramática latina, es, sin duda, de eficacia.

La gramática latina tiene una estructuración clara, determinada

Universidad Pontificia de Salamanca

y completa. Es una reticulación que ejercita de modo maravilloso la inteligencia infantil, hasta entonces en la indeterminación de la «cosa»; obliga a una profunda gimnasia intelectual bajo el análisis gramatical y lógico.

Desde el universalismo ingenuo y primitivo de la «cosa» se entra por la gramática poco a poco en la complicación del ser: el entendimiento se determina preparatoriamente bajo el nominalismo gramatical, hacia la lógica y hacia la metafísica en que se acabará su perfección humana.

Y es que el estudio de la gramática—un estudio racional, no un memorismo—precisa un trabajo de reflexión: de análisis y síntesis. Se ha de descomponer la palabra sobre cada una de las partes de la oración, luego hay que determinar el caso que le corresponde, la función que desempeña en la oración y finalmente, emitir el juicio: nombre común masculino singular, nominativo, sujeto.

Y de esta gimnasia intelectual se beneficia también la voluntad.

Con la determinada minuciosidad de los accidentes gramaticales la veleidad pueril se va estrechando. No queda a su capricho el hacer una cosa u otra; se ha de sujetar a la ley, a la regla de analogía, o de sintaxis o de régimen.

Y lo mismo hay que decir de la traducción.

Buscar a cada palabra su correspondencia exacta, sin contentarse con un poco más o menos, es ejercicio de inteligencia y de voluntad. ¡Cómo se van aclarando los conceptos de las cosas y se van perfeccionando los matices en las palabras que antes pronunciábamos sin darnos cuenta! ¡Y cómo se favorece la firmeza de voluntad en la ingrata tarea de la ordenación y de la búsqueda enojosa en los diccionarios!

La traducción y el análisis son dos formidables medios de reflexión, de pensamiento sobre sí mismo y sobre las cosas y, por lo tanto, dos medios de formación [2].

---

[2] No queremos decir que el latín dé por sí solo la firmeza de voluntad. La inconsciencia y la inconstancia del niño pueden desvirtuar este valor. Por esto la importancia del educador. Ha de estimular, y guiar y orientar el proceso vital del formando. Pero su acción se queda en exterioridad; querer penetrar en el santuario de lo vital es no conocer la formación y fracasar.

Universidad Pontificia de Salamanca

Si ahora saltásemos a la comparación con la gramática patria—el análisis también lo tenemos aquí—en mi parecer habría que dar la ventaja a la latina en orden a una formación más perfecta

—por su estructuración más definida

—por su constitución más fija.

El valor relativo de la palabra se matiza más ricamente en latín que en las lenguas modernas. Las funciones gramaticales se presentan más definidas, lo que permite esa libertad de hipérbaton sin confusionismo, y esto a su vez favorece el ejercicio.

El latín es una lengua estacionaria, fosilizada. Sus reglas corren invariablemente sobre los escritos de los clásicos. Por el contrario los idiomas modernos en uso vivo y continuo no pueden menos de sufrir la influencia del medio, de la psicología del escritor, de arribismos extranjeros y de conscientes audacias, muchas veces desgraciadas, pues no contribuyen más que al empobrecimiento del lenguaje.

En el aspecto de la formación podemos establecer un paralelo entre las matemáticas y el latín. También las matemáticas son una disciplina y magnífico desarrollo del entendimiento y de la voluntad.

Hay sin embargo una diferencia fundamental.

Las matemáticas dan el salto de la «cosa» a la «noción» pura sin medio, y esto constituye un trastorno en el desarrollo moral; la inteligencia no está preparada todavía para esas nociones.

La estructuración matemática, además, es producto especulativo, lógico, sobre las realidades externas. La reticulación gramatical es reflexión sobre lo más íntimo y propio del hombre: su actividad pensante manifestada al exterior por el lenguaje.

De aquí el vitalismo de las lenguas frente al positivismo de las ciencias modernas.

El latín es estructuración, gramática, lógica externa.

El latín es además pensamiento, idea, vida, hombre proyectado al ambiente social.

En este «hombre proyectado» podemos acentuar la proyección misma, o el hombre, la vida, la idea.

Desde la formalidad de la proyección interesa poco el proyectado. Y aquí interesa subrayar la proyeccion. Unicamente vale la

Universidad Pontificia de Salamanca

perfección de la proyección misma, la nitidez de perfiles, la correspondencia detallista entre el «verbum mentis» y el «verbum oris».

Y en esto los latinos son maestros.

Han sentido delicadamente, y han escrito como han sentido.

Han llegado al temblor primigenio del ser de las cosas con la suprema sencillez de la vida, con esa inconsciencia con que en nosotros mismos se realiza el misterio del ser participado. Han intuido vitalmente.

Y han expresado con esa suprema naturalidad, justa y exacta, trasparencia nada más de la palabra humana sobre la realidad de la cosa.

Y hemos de confesar que, por ahora, nadie ha llegado a esa suprema perfección del espíritu humano de los clásicos greco-latinos.

La idea cristiana casi desborda por sí misma toda comprensión: su intensidad dificulta, casi en absoluto, su intuición. Y los que llegan al gozo de la intuición pierden las palabras para expresarlo. Pablo de Tarso vió y sólo pudo decir que era «inefable». El rayo de divina tiniebla es demasiado sutil para nuestro ojo de carne.

Y los autores patrios quedan muy atrás. Baste notar que lo mejor quizás de su producción lo deben a los clásicos latinos. Granada y Cicerón, Luis de León y Virgilio y Horacio.

Es el mayor valor formativo de los clásicos éste de su proyección. Por esto son clásicos y por esto son formativos —la pintura no se valora por lo pintado sino por la ejecución—. Porque a través del hombre proyectado vemos al hombre sobre las cosas, en la posición correcta y exacta de hombre en su acción especificativa. constitutiva, marginal al orden moral.

El proceso formativo tiene algo de ósmosis, o si se quiere, hasta de fosilización.

En la contemplación el alma se empapa insensiblemente de esta intuición vital y exacta de las cosas, y va desarrollando armónicamente la inteligencia, el querer y la sensibilidad llega a una «sapientia» de las cosas, que es la madurez humana del espíritu.

La idea —lo pintado— tiene un valor secundario, no es lo más valioso de los clásicos. Pero conviene tenerla en cuenta en un plan de formación.

Universidad Pontificia de Salamanca

La idea también se asimila —se puede asimilar.

Y se asimila tan profundamente que llega a condicionar por sí contra los demás elementos de la formación, el desarrollo en buen o mal signo.

Los clásicos modelan en la armonía de sus formas, paganismo. Es cierto. Pero también se encuentran en sus escritos pensamientos exactos con la ley natural, sentencias de honradez humana no despreciables ni para un cristiano y hasta una ansiedad inconsciente quizá por un perfeccionamiento posterior del hombre. Esto se aprecia particularmente en Virgilio.

Muchas otras ideas falsas se contrarrestan suficientemente con la educación en los principios cristianos.

Así pues aun desde la idea, desde el hombre proyectado, el latín en primer lugar no es de peligro para la formación; luego es también aprovechable aunque incompletamente.

Sólo se impone una selección de autores y de trozos. Es lo que la Iglesia con pedagogía certera y afecto maternal ha hecho constantemente desde sus primeros tiempos.

Conclusión

No han pasado todavía los valores formativos de los clásicos.

En la órbita humana —presupuesto y propedéutica para el orden sobrenatural— no han sido superados todavía.

No es prudente, por tanto, prescindir de ellos en la formación.

Si en la práctica llegamos en su enseñanza a un fracaso, a una pérdida de tiempo, habremos de replegarnos sobre nosotros mismos y entrar en la sincera obscuridad de la conciencia.

Este fracaso ¿no se debe a que no se enseña como se debería enseñar, a falta de pedagogía?

F. M.ª ALBA, C. M. F.

Universidad Pontificia de Salamanca